

Para ser fiel á María, el primer medio es, evitar las ocasiones próximas de pecado. El que ama el peligro, nos previene el Espíritu Santo en la Sagrada Escritura, perecerá en él; y el que se acompaña con impíos, no tardará en hacerse como ellos. Evitad, pues, toda ocasion de pecado, y la compañía de los perversos, considerando ambas cosas como un manantial emponzoñado de crímenes y torpezas.

El segundo medio, inherente á la perseverancia en la devocion al culto de María Santísima es, la oracion, escudo de la virtud, y arma poderosa del cristiano. Dios se complace en fortalecer el valor de cuantos le invocan con humildad, amor y confianza. ¿Necesitais un ejemplo que os convenza? Citaré el de Moisés en el día de una batalla: miétras este caudillo del pueblo de Israel tenía levantadas las manos al Cielo, implorando el auxilio del Dios de los ejércitos, el suyo triunfaba; mas, así que suspendía su plegaria, los amalecitas empezaban á vencer á los hebreos. Con esto entenderéis la eficacia de la invocacion á Dios; con esto comprendereis el poder de la oracion. Este suceso histórico os descubre la importante verdad, de que la oracion es el arma inquebrantable del hombre religioso. Armaos, pues, con ella como buenos soldados de Jesucristo, elegidos por Dios para la gloria celestial. Velad y orad, sin dejaros vencer por el sueño ó la pereza, á fin de que no seais sorprendidos de improviso por la muerte. Rogad á Dios de día y de noche, que no permita sucumbais á la tentacion; y Él se apresurará á llenar vuestra alma de superabundantes gracias, que os faciliten el cumplimiento de sus preceptos, que alijeren y suavicen su yugo, que os ayuden á triunfar de las asechanzas de Lucifér y de sus infames agentes, que os permitan caminar de virtud en virtud, hasta llegar al término de la carrera donde se corona al vencedor; más claro: hasta que llegueis al Cielo, puerta de la salvacion, donde os recreareis con el fruto del árbol de la vida.

El tercer medio que hemos de emplear para mantener nuestras laudables resoluciones es, frecuentar los sacramentos. Por este conducto distribuye Dios sus gracias á las almas. Los sacramentos son las aguas vivas y puras que las refrescan, para resistir la accion abrasadora de las pasiones; son la saludable piscina, donde los corazones enfermos pueden á todas horas recobrar la salud. Haced cuanto ántes la experiencia, siguiendo el ejemplo de los Santos, vuestros dignos y venerables padres en la fé y en la ciencia de la salvacion. De los sacramentos sacaron ellos la fuerza necesaria para luchar, ora con las seducciones del mundo, ora con el furor y crueldad de los tiranos. Imitad á las nobilísimas vírgenes que acompañan al Cordero

inmaculado, en premio de la pureza que mantuvieron por la virtud de los Sacramentos. Llegaos al tribunal de la Penitencia, para obtener de Dios el perdon de vuestras faltas y pecados contra su santa Ley. Acudid con frecuencia á la mesa Eucarística, donde recibireis, junto con el alimento del alma, un antídoto contra el vicio, y la prenda de bienaventuranza eterna.

Tales son los medios que tenemos para perseverar en el culto y devocion á la Santísima Virgen. Concluyamos, pues, protestando la perpetuidad de nuestro amor, con aquellas enérgicas frases del Profeta Rey: «Que mi diestra se seque, si llego á olvidaros nunca; que quede inerte mi lengua, si vuestro nombre viene á serla extraño (1).» Hagamos de manera, que nos vea en lo sucesivo más aficionados á los piadosos ejercicios á que esta tarde damos fin; que se nos vea más celosos de la gloria de María, acudiendo con diligencia al pié de su altar, en los días consagrados á su culto, santificándolos con prácticas de ferviente y generosa piedad; que se nos vea firmes en la confianza de María, recurriendo á su poder en las tentaciones y en toda clase de necesidades, hablándola de nuestras miserias con la familiaridad de un hijo, con la sencillez de una hija que comunica con su madre, y mereciendo por esto las mercedes que pidamos; que se nos vea fieles como nunca en imitar á María Santísima, copiando las virtudes que Jesús coronó en su Madre; en imitar aquella humildad suya, que la rebajó á sus propios ojos, tanto como el Cielo la había ensalzado con extraordinarias prerogativas; aquella pureza, que los ángeles envidian; aquella caridad, en fin, que la hizo vivir para Jesús, y morir para Él. ¡Ojalá sean tales como os expongo nuestros sentimientos y nuestras disposiciones, miétras vivamos ausentes de María en este valle de lágrimas, hasta el dichoso instante en que su divino Hijo, para premiar nuestra perseverancia en el servicio de su Santísima Madre, nos asocie á su eterno triunfo, colocándonos para siempre junto á María en el Cielo! *Amen.*

(1) PSALM. 137, v. 5.

CONSAGRACION Á LA VIRGEN.

DÍA 1.º DE JUNIO.

DISCURSO II.

*Letatusque est populus cum
vota sua sponte promitterent.*

Y el pueblo mostró su alegría
al prometer ofrendas voluntarias.

(I PARAL. 29, v. 9.)

Basta, queridísimos hermanos, que seamos miembros de Jesucristo y herederos del reino de Dios, para que María, Madre del Salvador, nos depare su proteccion. Las relaciones que tenemos con el Hijo, son sobrado íntimas para que no interesen á la Madre, y no atraigan sobre nosotros sus miradas. Por muy pecadores que seamos, nunca hemos de flaquear en nuestra confianza en la Santísima Virgen, puesto que fué elegida para los pecadores, de quienes es, por una consecuencia natural, esperanza y refugio. Escuchad, empero, las consecuencias que de este principio saco yo, y sabreis el derecho especial, que á la proteccion de María y á las mercedes que dispensa os dá una ceremonia, en la que, con un doble culto, uno y otro igualmente gloriosos para Ella, venis á ofrecerla vuestra veneracion, al par que vuestros votos: vuestra veneracion, para reconocer sus grandezas y para honrarla; vuestros votos, para exponerla vuestras necesidades y para implorarla. Sobre este punto, hé aquí el argumento que formo: os concierne, y no es ménos sólido que fácil de comprender.

En efecto; cuando, además de las razones generales que mueven á María á protegernos y defendernos, descubre en nosotros otras ¡particulares, ¡cuánto se enardecerán su amor, y cuánto redoblará su solitud! Cierto: María es la protectora de todos los hombres; pero los príncipes tienen sus favoritos, y la Reina del Cielo tiene tambien almas escogidas, á las que ama singularmente, y en las que cifra sus más gratas complacencias. ¿Por qué así? Porque la honran é invocan singularmenté. Y esas almas privilegiadas, á quienes la Madre de Dios reserva sus más ricos dones, ¿quiénes serán, hermanos míos, sinó las vuestras? ¿Quiénes serán, sinó esos jóvenes fieles, que, sensibles á su gloria, se unen á Ella, ingresan en el número de los suyos, y cada año renuevan su adhesion, siempre con el mismo celo, ó siempre con un celo más fervoroso y animado? María piensa hasta en los que la olvidan; y con frecuencia, sin aguardar á que acudan á Ella á impulsos de una misericordia que se compadece de nuestros males, se les adelanta. ¿Cómo no pensará, pues, en los que se entregan á su direccion con filial confianza; que toman consejo de Ella en todas sus resoluciones, para que les guie en todos sus actos y les auxilie en todas las ocasiones; que únicamente movidos de su verdadero interés, que es la inocencia de las costumbres, la regla de la vida, la santidad de la muerte, y la eterna y celestial felicidad; vuelven á Ella los ojos, llámanla á su socorro, y la proclaman, despues de Dios, como á su refugio más seguro y su salvacion?

Tal es, amados hermanos míos, la protésta que vais á hacer al pié de este altar y ante esta Imágen. Eso es lo que vais á declarar auténticamente, para honra de María y para vosotros mismos. Por eso vais á reconocerla como á Soberana vuestra, como á Patrona vuestra, como á vuestra Abogada. Fijaos bien en lo que os digo: vais á hacer un acto de consagracion, de una consagracion *comun y universal*; de una consagracion *pública y solemne*; y de una consagracion *duradera y perpétua*. ¿Qué más se necesita para realzar su precio? Y de las tres circunstancias en que me detengo ¡hay una siquiera, que no preste un mérito relevante á vuestro generoso acto? Las ponderaremos despues de haber implorado los auxilios de la gracia. *A. M.*

He dicho: Consagracion *comun y universal*. Hablando Tertuliano de las oraciones que hacian en comun los primeros cristianos, se valia de una expresion muy eficaz, que, en mi sentir, puedo aplicar aquí en toda su eficacia: «Nos reunimos aquí, decía, para orar. ¿Y qué es la oracion? Es un combate que libramos al mismo Cielo; acudimos á

Él, no separadamente, sinó todos á un tiempo y en masa, á fin de formar un cuerpo de ejército y hacer una especie de violencia á Dios; violencia, empero, que le es grata.» Así se expresaba, en su estilo enérgico y figurado, aquel celoso defensor de la fé. ¿Y por ventura no es eso, hermanos míos, lo que haceis respecto de María? Uno solo, como jefe, va á presentarse y hablar en el altar. ¿Cómo? Con asentimiento de todos, autorizado por todos, en nombre de todos, y para todos. Así es, que todos hablarán por boca de uno solo. ¿Y qué te dirán, Virgen Santísima? Que eres la Señora del mundo, y que al someterse á Tí, se someten á la más justa y dichosa dominación; que eres el apoyo del mundo; y que al recurrir á Tí, buscan y hallan en Tí la más poderosa protección; que eres la mediadora del mundo, y que al asegurarse de Tí, se aseguran, despues de la Redención, la mediación más pronta y eficaz.

Tal será el lenguaje de tantos corazones juntos, que, en cierto modo, no forman más que una misma alma y un mismo corazón. Aunque fuesen corazones mundanos, corrompidos por el soplo contagioso y el aire pestilente del siglo; aunque fuesen corazones dominados desde mucho tiempo ántes por el vicio, esclavos de sus pasiones, y sujetos á culpables hábitos, todavía no fueran despreciados, á ser penitentes. Pero, son corazones puros. ¿Y cuántos hay también, que nunca han perdido el primer candor que les dieron las sagradas aguas del bautismo? Son corazones libres, donde empiezan á manifestarse los santos hábitos de la virtud, y donde, hasta ahora, ningun hábito vicioso ha tenido medios ni tiempo para arraigarse. Uno solo, con su oración, llegaría á enternecer al Cielo; pues ¿quién ignora lo que puede un ruego del corazón? ¿Qué será cuando todos los corazones obren de acuerdo y con igual espíritu?

También he dicho: *Consagración pública y solemne*. Mil veces, hermanos míos, la habeis hecho en secreto, y quizás cada día, por una excelente costumbre, la renovais en el interior, delante de una imagen de María, colocada en vuestro aposento, y á la cual acudís á desahogar vuestras almas; pero esos homenajes secretos, por más sinceros que sean, no bastan á vuestro celo: es menester que vuestros corazones se desahoguen, y que vuestros sentimientos se manifiesten á la luz, y se presenten en descubierto. Otros se avergonzarán de un culto que les es representado con falsas ideas; pero vosotros cifrareis en él vuestra gloria, celebrareis el nombre de esta beatísima Virgen digna de todos los honores, y aún mejor que los demás, defendereis en alta voz su causa. Ireis á Ella con el rostro descubierto, y la cabeza

erguida; quisierais que todo el mundo viese vuestra acción; y que, al veros, conociese el mundo, que aún hay, especialmente en nuestro siglo, no solo verdaderos israelitas que combaten por el nombre del Señor, sinó verdaderos hijos de María, que saben defender los intereses de su Madre y mantenerla en todos sus derechos. Así, pues, cuanto más numerosa fuere la asamblea, tanto más favorable sería para vosotros la ocasión, porque habría más ojos atentos á consideraros, más oídos abiertos para escucharos, más testigos á quienes hacer oír las santas palabras, que van á resonar en el recinto de este templo, y que, en vuestra devoción, quisierais que resonáran en toda la tierra: Te elegimos por Señora, Patrona y Abogada.

Por último, he dicho: *Consagración duradera y perpétua*. Que si os consagrais á la Madre de Dios, es por una resolución fija é inmutable, por una irrevocable promesa. Una promesa pasajera y de algunos días, sería poca cosa: vosotros quereis que se extienda á todos los tiempos, que viva con vosotros hasta la última hora, para que os siga despues de la muerte; ó mejor, para que viva con vosotros en la eternidad. Vosotros quereis que, mientras vuestro corazón conserve algun sentimiento, sea sensible para María; que mientras vuestra mente tenga alguna reflexión y alguna claridad de conocimiento, conserve siempre grabado el nombre de María. De suerte, que al consagraros á Ella, lo haceis para no separaros jamás; para no dejar que nunca salga de vuestra boca ó de vuestra pluma cosa alguna que pueda ofenderla; para no inclinaros nunca á ninguna cosa que contradiga la fé que la habeis jurado; para no permitir nunca nada contra Ella, y no relajáros jamás sobre este punto en toda la extensión de vuestro poder, y con la autoridad legítima que el Cielo os haya comunicado. Así lo vais á pronunciar, y así, para expresarme de este modo, vais á formular vuestro juramento y vuestro voto: *Estamos resueltos y prometemos no separarnos de María*.

¿Y cómo, decidme, verá la Reina del Cielo tan fiel y devota compañía, agrupada bajo su bandera y reunida bajo su estandarte? No lo dudeis, carísimos hermanos, sus entrañas se conmovrán; su seno se dilatará para vosotros. ¿Y qué os negará entónces? Pedidla que os acoja: ¿os rechazará? Pedidla que en todas vuestras acciones, en todas las circunstancias, en todos los acontecimientos y peligros de la vida, vele por vosotros: ¿os olvidará y os dejará sin asistencia? Pedidla que en la muerte, en esta última lucha, os cubra con su escudo contra todos los tiros y ataques del enemigo: ¿se apartará y os abandonará á vosotros mismos?

¿Qué digo, hermanos míos? Lo que María ha hecho por tantos otros que os han precedido, lo que se dispone á hacer por tantos otros que os seguirán, y á quienes os unireis en espíritu, lo hará por vosotros. Yo la veo, ó creo verla ante el trono de su Hijo, solicitando sus gracias. Parece que la oigo hablar en vuestro favor, como Jesucristo á favor de sus discípulos hablaba á su Padre: *Serva eos* (1). Conserva á estos hijos que me confiaste; es la porción más noble y querida de mi rebaño. Tuyo son, Salvador adorable, pues á costa de tu sangre los redimiste; y son míos, pues Tú me los distes, y ellos se han dado á Mí. Consérvalos en tu nombre y en el mío, que quieres sea el más misericordioso de todos, despues del tuyo. No vengo á implorarte para ellos bienes temporales; ¿qué les falta? ¿Y acaso no estarán más expuestos, y no les serán más necesarios los dones de tu gracia, porque nada ha de faltarles de la prosperidad humana? ¡Oh! santificalos, y santificalos en la verdad: este es el colmo de mis deseos y todo el fruto de mi súplica: *Sanctifica eos in veritate*. Los corruptores halagos del mundo no marchiten estas flores nacientes; ni las conmuevan los vientos, las tempestades y las tentaciones. No arribaten ninguno de los que están bajo mi amparo, y pueda yo recogerlos en la vida eterna. Así lo espero, carísimos hermanos, y esta ceremonia es de ello la más segura prenda, ya que, como lo habeis visto, os ha facilitado una nueva protección de María. Así sea.

(1) Joan. 17.

FIN.

ÍNDICE.

	pág.
Nuestra Señora de los Agonizantes.	1
» » de las Aguas.	8
» » de las Alegrías.	15
» » de los Ángeles.	24
» » de los Ángeles ó Jubileo de la Porciúncula.	32
» » de las Angustias gloriosas.	40
» » del Arco.	47
» » de la Aurora.	55
» » Auxilio de los cristianos.	63
» » de la Ayuda.	70
» » de Belén.	78
» » de la Caridad.	86
» » del Carmen.	
Discurso I.	95
Discurso II.	105
Discurso III.	113
Nuestra Señora de la Cinta.	122
» » del Buen Consejo.	136
» » del Sagrado Corazón.	145
» » de la Correa ó de la Consolacion.	156
» » de la Corte de María.	165
» » de Covadonga.	174
» » de los Desamparados.	184
» » de la Esperanza.	190
» » de la Espectación ó de la O.	197
» » de la Fé.	205
» » de la Gloria.	214